

Cultura Contemporánea, Ciudadanía del Miedo<sup>1</sup>

*La violencia en Brasil entre el final del siglo XX y el comienzo del XXI*

Newton Cunha

Comencemos con una rápida definición de la violencia, repitiendo lo que se sabe desde hace mucho tiempo: que constituye una forma de vínculo humano en la que la intención o el propósito inicial buscado implica el uso de la fuerza -física, psíquica o institucional- que da lugar a daños, pérdidas, sufrimientos, humillaciones o muerte de otra persona, que luego se convierte en víctima. Por supuesto, su extensión social varía enormemente y se manifiesta tanto con evidencia absoluta, en el caso de hostilidades masivas (guerra), como de manera íntima o reservada, entre solo dos personas.

Para ciertos autores, como Hobbes,<sup>2</sup> la violencia - en el caso de una guerra, por ejemplo - puede incluso excluir la fuerza real, siempre y cuando siga siendo una disposición de confrontación manifiesta, que genere miedo o angustia (más recientemente, la guerra fría puede haber sido una buena ilustración de este concepto).

Hoy en día, especialmente en América Latina y África, la violencia urbana ya no distingue entre las formas "clásicas" de exteriorización, como las que teóricamente podríamos observar entre la guerra - violencia entre Estados o facciones armadas político-institucionales con fines políticos, territoriales, ideológicos o financieros, a menudo

---

<sup>1</sup> Publicado originalmente en la colección de ensayos *Ética y Cultura*, Ed. Perspectiva, S. Paulo, 2004. En esta versión se añadieron algunos datos estadísticos.

<sup>2</sup> *Leviathan*, Serie Universitaria, Oporto, INCM, 1995.

simultáneos; la delincuencia organizada - violencia perpetrada por grupos armados privados con fines financieros inmediatos; y la tortura o violación de los derechos humanos - violencia de los Estados contra los individuos por razones a menudo ideológicas-políticas. Esto es tan cierto que, desde la segunda mitad del siglo XX, el predominio de la violencia y de las muertes causadas por ella ya no se produce entre los cuerpos militares, sino en el enfrentamiento entre los ciudadanos o entre éstos y los cuerpos de policía encargados de la seguridad.

En Brasil, campeón absoluto de estas estadísticas, así como en México, Rusia y Estados Unidos, las muertes violentas son las primeras causas en el grupo de edad entre 5 y 39 años (*World Health Statistics Annual*, varios años de la última década del siglo XX). Según los Mapas de Violencia publicados por el IPEA (Instituto de Investigación Económica Aplicada), tenemos las siguientes cifras en Brasil: asesinatos cometidos en 1980 = 13.910, con un porcentaje de 11,7 personas por cada 100.000 habitantes; en 2010 = 49.932 homicidios, con 26,2 personas por cada 100.000 habitantes; en 2017 = 65.602 muertes violentas, con 31,6 personas por cada 100.000 habitantes. En 2007 se cometieron 5.200 homicidios en el continente europeo, es decir, menos del 10% de los que ocurrieron en Brasil.

Entre tantas causas que tratan de explicar el crecimiento y la consolidación de las formas delictivas de violencia y corrupción, encontramos, de inmediato, el habitual rosario económico: el desempleo y la falta de perspectivas de supervivencia material, el trabajo precario y la concentración brutal de los ingresos, la precariedad, o incluso la exclusión progresiva de los servicios públicos (salud, seguridad social, vivienda, seguridad ciudadana) - lo que significa también una grave limitación o incluso la supresión de

la ciudadanía substantiva -, además de la economía ampliada del narcotráfico, dado el aumento de la producción y el consumo de drogas. Una investigación reciente de la Organización Internacional del Trabajo (OIT, 2003) concluyó, por ejemplo, que la mitad de la población mundial vive con hasta dos dólares al día. Como si los que sobreviven con tres o cuatro estuvieran en una situación de dignidad. Y si se continúa a tal ritmo de empobrecimiento, de abolición de perspectivas socioeconómicas y de atracción simultánea al consumo, es muy probable que el régimen camine, de manera insana, hacia su autodestrucción. Esta perspectiva no es fruto de una visión tradicionalmente marxista o anticapitalista, sino sugerida por un defensor de la economía liberal que, al enfrentarse al nazismo en el decenio de 1930, advirtió a sus pares con las siguientes recomendaciones: "Sean cuales sean las tendencias o corrientes políticas que se escojan como ejemplo, nos encontraremos con que siempre siembran su destrucción cuando pierden la noción de medida y superan sus límites. Un sistema económico libre no es una excepción: solo florecerá y podrá ser defendido como parte de un orden mucho más amplio, que incluye la ética, el derecho, las condiciones naturales de vida y felicidad, la política, el Estado y el poder dividido".<sup>3</sup>

Recientemente, André Gorz, en uno de sus últimos libros (*Misères du Présent, Richesse du Possible*, Galilée, 1997), y a pesar de una propuesta final optimista, no deja de mencionar la posibilidad de llegar a la etapa de una "no sociedad", en la que se disolverían todos los lazos tradicionales de convivencia social, empezando por el trabajo, definido hasta hace poco como el eje central de las

---

<sup>3</sup> Wilhelm Röpke, *The Economics of the Free Society*, Chicago, Henry Regnery, 1963.

organizaciones materiales y espirituales de la vida. Entre los aspectos negativos y más evidentes de la economía política contemporánea está la generación de "masas inútiles", sin otro medio de vida que la mendicidad o el crimen persistente.

En lo que respecta al crimen organizado (especialmente en Brasil), todo indica que se configura como una acción permanente de grupos jerárquicos, que tienen la capacidad de acumular instrumentos de fuerza y demostrarlo tanto desde el punto de vista territorial o sociogeográfico (imposición a otros grupos y sectores en zonas cercanas o incluso lejanas), como político e institucional (enfrentamiento, intimidación o atracción de agentes públicos de cualquier naturaleza y poder institucional). A través de ellos, todos los objetivos se han fusionado: económicos, financieros, políticos, sociales y axiológicos. Y, simultáneamente, sus formas de organización y acción: tráfico de drogas, guerra de guerrillas, terrorismo, lavado de dinero, estafas financieras, robo, asalto, secuestro y lobbys de varios tipos y capacidades de infiltración. Lo legal y lo ilegal coexisten promiscuamente o se convierten en socios entre líneas legales, mientras que los delitos organizados y difusos (éste cometido por personas o grupos con poco equipo y que actúan de manera intermitente) comienzan a diferir solamente en extensión, es decir, en sus respectivos grados de alcance.

Para estas organizaciones, por supuesto, la idea de la vida, como un bien supremo, tiene poco significado. El único que puede quedar es el de valor de cambio, pero cercano al de rescate. Y la idea del bien personal, como propiedad, se convierte en un saqueo. En sus lugares se valora la acción de la violencia, la ganancia y la conquista a cualquier costo, la imposición brutal de la voluntad y la competencia con otros poderes, legalmente constituidos o no.

En el contexto más amplio de la cultura y las mentalidades, nos enfrentamos al abandono o a la quiebra de la educación tradicional de las humanidades y al fracaso de la educación moderna y utilitaria para el trabajo, fenómeno que se refleja en el desajuste entre las ofertas educativas y las de empleo, o entre las cualificaciones y la ocupación real. Pero también con la adicción prematura y el consumo generalizado de drogas, con los consiguientes efectos psicóticos, con la pérdida o la insignificancia de referencias éticas (corrupción, concusión, sobornos), la indistinción entre lo público y lo privado, además de la indulgencia o permisividad legislativa, judicial, policial o penitenciaria para los delitos y criminales. También se observa una cierta patología o disminución de la participación política, visible en situaciones de apatía y abstencionismo tanto en las instituciones que representan a la sociedad civil (sindicatos, partidos y asociaciones) como en momentos de elecciones.

Esto crea situaciones cotidianas y generalizadas de intimidación, inseguridad e incapacidades institucionales que caracterizan a nuestra ciudadanía contemporánea del miedo. Aquella en la que las relaciones sociales o mediaciones se producen bajo una fuerte tensión y desconfianza, en la que los ciudadanos sienten la posibilidad permanente de su victimización - física y socioeconómica -, en la que el espacio público, por definición abierto, tiende a arruinarse y a fragmentarse en espacios privados y, por tanto, confinados y excluyentes. Corresponde también a un cuadro de desintegración de los vínculos de solidaridad, es decir, el debilitamiento de las garantías constitucionales y laborales, típico de los Estados de Bienestar. Bajo otros impulsos y razones, podríamos repetir subjetivamente el primer sueño de Rousseau: "Aquí estoy, por

lo tanto, solo en la tierra, teniéndome solo a mí mismo como hermano, vecino, amigo, compañero".

Pero podemos aún recordar, ahora desde un punto de vista objetivo, a Alessandro Manzoni. En *Los Novios*, el autor comenta una situación típica del siglo XVII en Italia, que todavía hoy podemos experimentar con el mismo vigor en Brasil: "No es que falten leyes contra la arbitrariedad privada. Por el contrario, había sanciones y penas exorbitantes para todo tipo de delitos... Pero a pesar de ello, solo sirvieron para atestiguar la impotencia de sus autores, cuando no agravaron las vejaciones de los ciudadanos más pacíficos. La impunidad organizada tenía unas raíces que las sanciones no podían sacudir". En otras palabras, la contrapartida de la delincuencia organizada, entre nosotros, se confunde con la tolerancia irresponsable o incluso connivencia de las autoridades encargadas de legislar y aplicar las leyes.

Paralelamente a este estado de cosas, está la difusión simbólica de la violencia y su glamour, llevada a cabo por los omnipresentes medios de comunicación de masas y la promoción de espectáculos. Al ser susceptible de reproducción múltiple y de un tratamiento lúdico y agonizante, se convierte (junto con la pornografía) en un producto de consumo fácil y excitante. Este hecho amplifica la resonancia social de los comportamientos y ambos fenómenos se convierten entonces en educativos, en el sentido neutro de una transmisión de formas de vida, actitudes y valores. Es decir, reafirman una cultura que es, al mismo tiempo, de hostilidad o agresividad trivializada y de *fun morality* (la del narcisismo y del placer inmediato), fácilmente perceptible en las calles o en las relaciones primarias o formales de todas las clases. En primer lugar, en un lenguaje áspero, pobre, irónico y sexualizado (la serie de palabras obscenas en una

conversación es casi innumerable), incluso cuando se pretende que sea amigable o cordial. Si utilizamos la argumentación de Wittgenstein (la de las *Investigaciones Filosóficas*), estaremos de acuerdo en que este "juego de lenguaje" (*Sprachspiel*) - tipo de discurso, vocabulario y significado - que es simplista y brutal, corresponde a un "modo de vida" con características idénticas. Así, uno de sus aforismos ('23) propone: "Hablar el idioma es parte de una actividad (*Tätigkeit*) o una forma de vida (*Lebensform*)". Esta decadencia, aunque sólo iniciada, ya había sido percibida por Arnold Gehlen a mediados del siglo XX, quien la analizó así: "En la rúbrica del primitivismo hay que describir finalmente otro fenómeno extraño de la vida cultural moderna, que es la decadencia de la sutileza del pensamiento en el dominio lingüístico. En amplios círculos faltan las figuras de pensamiento ricas en alusiones y conexiones, la riqueza expresiva de lo indecible, los refinamientos estilísticos, las concepciones rigurosas con sus tonos superiores; todo tiene que ser presentado de manera resumida, accesible, mnemotécnica, taxativa".

A través del lenguaje contemporáneo, el tratamiento interpersonal suprime las diferencias de sexo, edad o función social y, por consiguiente, niega la percepción y el significado de esas distinciones.

Más grave, sin embargo, es sugerir la existencia de otra relación en el orden de la cultura, o una etapa ya avanzada de decadencia (de una civilización tardía). Lo que queremos decir es que la situación actual nos remite a la siguiente concepción hecha por la psiquiatría transcultural (Arthur Kleinman, Byron Good, por ejemplo): que una sociedad enferma requiere de sus individuos, o al menos de una gran parte de sus constituyentes, actitudes adecuadas a la anormalidad

mental y de comportamiento que también la caracteriza. Es decir, el patrón de normalidad viene dado por la enfermedad que sufre. Un entendimiento que nos lleva de vuelta a Cicerón (citado aquí por Montaigne en sus *Ensayos*): "familiarizados con las cosas que vemos diariamente, ya no las admiramos y no buscamos entender las causas de ellas". La violencia y el miedo están tan arraigados en nuestra vida diaria que ya no los vemos - individuos y autoridades - como anomalías.

Por lo tanto, no podemos olvidar por igual el tráfico alucinado e irresponsable de la vida cotidiana (43.870 muertes en 2014 y, a pesar de la reducción, 37.345 muertes en 2016, en todo el país, según datos del Ministerio de Salud); las apariencias voluntariamente provocadoras de vestirse y caminar; las actitudes repetidas de vandalismo, depredación y grafiti de bienes públicos o privados y la acumulación de basura arrojada voluntariamente en las carreteras urbanas, vías fluviales y playas.

La cultura de la violencia hace que las manifestaciones reales y virtuales (que aquí crecen, porque sus autores se consideran indemnes ante la justicia) de fuerza, daño, desafío, irrespeto e irresponsabilidad hacia el otro, que en casos extremos llegan a la justicia sumaria, constituyan conductas habituales de una guerra no declarada que se produce tanto en el seno de la sociedad civil como entre ésta y el Estado.

Los aspectos de la realidad que se reflejan en nuestra imaginación pueden entonces distinguirse perfectamente cuando comparamos dos situaciones ficticias de marginalidad infantil-juvenil, separadas por unos setenta años. Nos referimos, por un lado, a la picardía, la vida de robo, la revuelta social presente en *Capitães de Areia* ("Capitanes de Arena", de Jorge Amado), cuyas consecuencias no

consiguen extirpar, desde el horizonte de las perspectivas, las vocaciones anunciadas; por otro lado, a la asombrosa gravedad, el cinismo y el impasse absoluto de los personajes de la *Cidade de Deus* (*Ciudad de Dios*, de Paulo Lins, posteriormente adaptada al cine por Fernando Meirelles). Entre una obra y otra, uno viaja desde la dureza de la vida hasta la completa barbarie. Hoy en día, y anualmente, solo en el Estado de São Paulo (entre 1999 y 2002), los hechos notificados a la Secretaría de Seguridad Pública, que solo muestran la espalda del tiburón, ascienden a más de 1.300.000 (un millón trescientos mil), entre homicidios e intentos de muerte, lesiones corporales, violaciones, latrocinios, tráfico de drogas, hurtos y robos.

Embriagados por el letargo generalizado del pensamiento contemporáneo, admitimos la pobreza como modelo de normalidad socioeconómica, la ignorancia como manifestación de la verdad y el espontaneísmo como pureza de espíritu (hay gramáticos y profesores de portugués para los que no hay más errores, porque todas las elocuciones son igualmente correctas. Por lo tanto, ya no necesitamos profesionales en esta área de la enseñanza). También admitimos la acción voluntaria como sustituto de las relaciones laborales formales y protegidas y el relativismo ético-moral absoluto como atributo indispensable de la libertad personal, ya que no tenemos que conformarnos con nuestros actos y propósitos.

Todo nos lleva, finalmente, a una contradicción de términos. Es decir, naturalizamos, en el universo cultural, los conflictos innatos que la idea de la civilización siempre ha creído reducir. Cansados de sublimaciones psíquicas, regresamos a las situaciones primarias de la horda primitiva y abrimos las puertas al libre curso de todos los impulsos. Si en 1929 Freud llegó a atribuir la sensación de "Malestar

en la cultura" o en la civilización (*Das Unbehagen in der Kultur*) a las represiones y a las necesarias reconversiones libidinosas, hoy probablemente se sorprendería, y tal vez se escandalizaría, por los resultados de todas las liberaciones mentales, económicas, morales y sensibles que ahora practicamos e idolatramos. En una obra anterior<sup>4</sup> ya había escrito sobre ello: "¡Pero qué ingrato y, sobre todo, qué imprudente es el esfuerzo por la abolición de la civilización! Lo que queda, sin ella, es el estado de la naturaleza, mucho más difícil de soportar. Es cierto que la naturaleza no nos exige ninguna restricción de los impulsos, pero tiene su manera efectiva de restringirnos y matarnos, fría, cruel, despiadada, exactamente por las razones de nuestra satisfacción".

Hoy en día, al sur del ecuador, no sólo vivimos en el siglo XVII europeo, sino que todavía nos aplicamos otras dos tesis. El primero es el de Samuel Huntington: "El Occidente conquistó el mundo no por la superioridad de sus ideas, valores o religión (a la que pocos miembros de otras civilizaciones se han convertido), sino principalmente por la superioridad en la aplicación de la violencia organizada".<sup>5</sup>

La otra se expresa en la *Ética* de Spinoza: "XLVII - Los afectos de la esperanza y el miedo no pueden ser buenos por sí mismos (*Spei et metus affectus non possunt esse per se boni*).

Demostración - No hay afectos de esperanza y miedo sin tristeza. Porque el miedo (por la definición 13 de los afectos) es tristeza y no hay esperanza sin miedo (véanse las explicaciones 12 y 13 de los afectos); de ahí que estos afectos no puedan ser buenos en sí

---

<sup>4</sup> *O Futuro de uma Ilusão*, versión portuguesa, Obras Completas, vol. X, Ed. Delta, 1954.

<sup>5</sup> *El Choque de Civilizaciones*, Barcelona, Paidós, 1997

mismos, sino solo cuando pueden limitar un exceso de alegría (por la proposición 43).

Escolio - A esto se añade que estas afecciones indican un defecto de conocimiento e impotencia de la mente".

Por eso Brasil ha sido, aún más eficazmente en las últimas décadas, el "país de la esperanza".